

MARCANO, O. 2006. *SOLO QUIERO QUE AMANEZCA*.

CARACAS: SEIX BARRAL

Reseñado por Rebeca Pineda Burgos
Instituto de Investigaciones Literarias UCV
rebecapineda82ster@gmail.com

“Todo cuerpo persevera en su estado de reposo o movimiento uniforme y rectilíneo a no ser que sea obligado a cambiar su estado por fuerzas impresas sobre él”.
Isaac Newton. Primera ley (Principio de inercia).

“Sabía que pronto no quedaría nada. Acaso la sensación de irme sumiendo en ese sopor, en esa parálisis, en esa dulce y lerda inconsciencia donde en cámara lenta y con los ojos cerrados, quisiera decir un parlamento de alguien más a salvo, menos averiado, más bonito que yo”.
Oscar Marcano. “A los que nunca terminaron nada”.

Los relatos del libro *Solo quiero que amanezca* (2002) están unidos por dos ejes temáticos: el alcoholismo y el desamor. De éstos, se desprende la sensación de vacío. Rendirse es el punto y aparte de una historia.

Parto del sobreentendido de que no toda la desdicha en la literatura tiene que ser manifestada con reflexiones de largo aliento. A veces, resulta muy seductor que el narrador no describa hondamente los sentimientos de sus personajes. A veces, esa prosa escueta revela estados que también conmueven, como afirma Carver en su poema “El don de la ternura” (1989). El vacío que algunos personajes confiesan padecer, resulta entonces en un *leit motiv* para determinado estilo narrativo, tal como ocurre en estos relatos de Marcano. Eso sí, aunque estos cuentos presentan una unidad de tratamiento, aunque esa impresión se repite, las circunstancias no siempre son las mismas, lo que deviene en toda una variedad de historias, algo un tanto angustiante, sí, porque sugiere que el fracaso, la pérdida, la resignación, y ese enrarecimiento de vivir, puede ocurrir en cualquier caso, en muchos. La vida está llena de eso, aunque quizás, a diferencia de estos personajes, aún no lo sepamos.

Aquel desamor del que tratan muchos relatos es entonces pocas veces verbalizado por los personajes, de manera que el otro -el amado- ni siquiera se da por enterado. Es el caso del cuento que inicia el libro, "Goldfish". Mientras que el protagonista se siente ignorado por su amante, ella -mucho más joven y ambiciosa- apenas puede detenerse. Algo similar ocurre en "Un buen restaurante italiano", en el que varias veces la protagonista le dice al otro "te amo" sin que le respondan. Como resultado de esto, "al principio ella había resentido su actitud mecánica. Luego se había resignado" (p. 94). Aun tratándose de distintas circunstancias, casi todas las historias dan como resultado esta "resignación". Mucho de esto ocurre con los personajes drogadictos. Algunos admiten que renuncian, que saben que están en una guerra que no libran, y viven arrastrándose por la ciudad en busca de bares, como en "Lo que François Villón no dijo cuando bebía".

Aunque en términos generales nos encontramos con un tratamiento al estilo de la llamada "novela objetual", también un poco al "realismo sucio", esta sensación de fracaso, esta desidia, permite unas pocas reflexiones, racionadas pero suficientes; son, claramente, impresionantes. En el relato "¿Viste un ratón volando por la ventana?", se describe sobre un adicto a la pega:

Con el tórax lleno alzó la vista y buscó el cielo: el que cada tanto se le refractaba conminándolo a ver hacia adentro, hacia sí mismo. Y Eloy lo había intentado. Mira que lo había intentado. Pero adentro no había nada. O ya no había nada. (p. 91)

Lo propio ocurre en el cuento "Los pericos", un ejemplo de varios en el texto de dos criaturas abandonadas en los rincones sombríos y tristes de la ciudad, que se encuentran, y se reconocen como iguales. Esto no solo da entrada a, como se ha dicho, reflexiones sobre la apatía existencial -"¿qué me pasaba? Materialmente, nada. Solo un deseo rotundo de volar en mil pedazos" (p. 69)-, sino que también esos encuentros dan breves espacios para el amor:

Gina se aproximó y me besó, esta vez con al boca abierta. Yo era su héroe. Tenía el aliento intacto. Fragante. Yo estaba exhausto pero le correspondí.

La boca debía saberme a almizcle. Me dio vergüenza pero a Gina no le importó. Si a ella no le importaba, a mí menos (...). La bata de baño se abrió dejando ver uno de sus pechos. Eran grandes y empezaban a apuntar hacia abajo. Había un lunar considerable entre ellos. (pp. 76- 77)

Los pericos volvieron a chillar desde el lavadero. — Los volvimos a despertar -observó. —¿Ah, sí? -dije abarcándole el seno descubierto con mis dos manos. Y ahora qué dicen. —Celos -dijo Gina suspirando-. Dicen que están celosos.

Como esas historias amorosas que pueden durar minutos -esas breves pero intensas correspondencias en un vagón de metro, en el cruce de una calle-, las de estos relatos son particulares. Todas ellas están circundadas por estos fracasos de los personajes. Se puede sentir -y qué bien escrito está- una total afinidad cuando recuerda ese desamparo en el que los gestos amorosos son un alivio. El cuento “A los que nunca terminaron nada” (con un muy sugerente título), es quizás el ejemplo más elocuente. Dos alcohólicos que se encuentran en un bar al mediodía, que comparten una breve historia interrumpida por la llegada de la pareja de ella. Aún con esto, están allí suficiente tiempo como para “reconocerse” en el otro, lo que deviene en reflexiones de ambos sobre sus padecimientos: “entonces, ¿para qué bebes? (...) Porque no me gusta el olor ni el sabor de la vida” (p. 137). A la par de estas descripciones desoladoras, se vienen los sobresaltos, también breves, y muy poéticos: “fue un beso cósmico, infinito. Permanecimos abrazados, con las frentes juntas por un buen rato, mirándonos a los ojos” (p. 144). Están muy bien logrados, además, estos diálogos cortos, estas respuestas concretas, precisas, en medio de la nube de ebriedad y de indolencia. Como lectores podemos llenar esos vacíos, o ampliar esas brevedades con nuestra propia idea de la soledad, o también visualmente, con pinceladas grises, o desérticas, o con luces breves. Los personajes lo hacen con observaciones sobre el entorno, sobre el paisaje, sobre Caracas, cuando dejan de contemplarse a sí mismos, a su propia oscuridad. Resultan en imágenes maravillosas: “volteé hacia el balcón y vi el hotel Humboldt. Su fálica soledad, su concreto apurado” (p. 19); “Caracas parecía un manto de lentejuelas” (p. 31); “un sol rojizo extendería sus tentáculos bermejos por el cielo endrino” (p. 94). La lentitud con la que se mueven los personajes es fotografía, cuadros. Pueden verse en algunas

MARCANO, O. 2006. SOLO QUIERO QUE AMANEZCA.
CARACAS: SEX BARRAL
Reseñado por Rebeca Pineda Burgos

29

INVESTIGACIONES LITERARIAS

escenas la reproducción de óleos de soledades. “Una mujer sentada en una caja”, por ejemplo (cuento con un final sorprendente, estremecedor), recuerda a las mujeres solitarias de Hooper (quizás porque el título pareciera aludir a una pintura), encorvadas, viendo sus pies, sus fracasos proyectados en el suelo pulido.

Finalmente, hay dos cuentos que parecen clave. En “Minotauro”, a diferencia de la mayoría de los relatos, hay un amor consolidado, estable, aunque no convencional: “al revés de todo el mundo, estábamos casados pero no vivíamos juntos. No funcionaba. Nos amábamos. Pero no parecía funcionar por el momento” (p. 79). Los personajes han logrado superar las barreras de los amores imposibles, las han vencidos, han logrado acomodarse a ellas. Duermen eventualmente juntos, en alguna de las dos casas. Se saben amados, afortunados. La descripción de ese amor nos hace entender que también se han sentido profundamente vacíos, o al borde de la pérdida. Pero se sostienen, lo cual parece, pues, una diferencia fundamental en este cuento: “debía moderar la bebida, no descoserme. Por fortuna arriba me esperaba mi amor. Tenía el cabello suelto y recién teñido. Era tan bella. Tan mía” (p. 86). Queda claro, sin embargo, lo frágil de esta fortuna. También el amor completamente correspondido, que depende para siempre de la aceptabilidad de otro, puede ser una condena, ya lo sabemos.

Por su parte, el personaje de “Bolsas de agua” es un hombre enteramente resignado a su soledad y a su vacío. Y a pesar de que esta es una condición general en el libro, aquí las reflexiones en torno a ello son contundentes: “Después de todo, no somos más que unidades de carbono, bolsas de agua que pasarán” (p. 183) (¿“un cuerpo que persevera en su estado de reposo”?). Es la historia de un policía que rescata a una prostituta de una golpiza, fornicación con ella con el mismo entusiasmo de quien pasa una escoba, y regresa al desastre de su casa a beber y dormir. En medio de eso, entre uno y otro paso sin sentido alrededor de su apartamento, piensa sobre esa condición de la que parece no tener ánimo para cambiar: “quería librarme de algo, algo que nunca sé qué es y dormir” (p. 181); “llegaría esa rara sensación en el cuerpo, pero tarde o temprano se manifestaría en el sueño. Por fortuna estaba solo. Siempre había estado solo y siempre estaría solo” (p. 183). Aquí se revela esa incomodidad que sienten los personajes consigo mismos, y cómo conmueve esa imposibilidad absoluta de hacer algo al respecto. Que

se nos dice toda la vida que hay cosas que se pueden cambiar, y no es cierto, no siempre es verdad. Recuerda a *Paris, Texas* (1984), desiertos cinematográficos, desiertos del alma. Y amores que no pueden ser, aunque se quiera. El último diálogo en el *peep show*, en el que el protagonista cuenta cómo progresivamente el amor tan intenso hacia ella lo destruye al mismo tiempo, es muy conmovedor. También en esta película el personaje recurre al alcohol. Una tremenda anestesia al dolor, obviamente.

En resumen: *Solo quiero que amanezca* revela, refleja, ese lado más vivo, aunque parezca el más inerte. Esa extremada incomodidad con uno mismo (¿la “conciencia de sí” heideggeriana?), y el efecto de cosas tan cotidianas, tan simples o insignificantes a primera vista, que deslumbran en medio de esa oscuridad que somos nosotros mismos, seres ambulantes, cosas ambulantes.

REFERENCIAS

- Carver, R. El don de la ternura. En *Vos no sabés lo que es el amor y otros poemas*. Buenos Aires: Esteban Moore.
- Wenders, W. (1984). *Paris, Texas*. [Película]. Francia/ Alemania: Road Movies Filmproduktion

MARCANO, O. 2006. *SOLO QUIERO QUE AMANEZCA*.
CARACAS: SEX BARRAL
Reseñado por Rebeca Pineda Burgos

31

INVESTIGACIONES LITERARIAS